

luntaria al pecado, y mucho ménos de aquella que proviene del pecado mismo : habla solamente de una indignidad conocida, y reparada, segun sea posible, con gemidos del corazon, expiada por la penitencia, y por el medio de una perfecta reconciliacion. Pero, esta oracion bien entendida y meditada ; no es la más propia para excitar en nuestros corazones el respeto y la confianza, que deben ir siempre con nosotros al altar ? En efecto, si los ángeles no tienen toda la pureza necesaria á los ojos del Santo de los santos, una criatura ménos perfecta y más frágil ; no debe llenarse del respeto más profundo conociendo su miseria ? ¿No debe excitar su confianza, cuando Jesucristo no se desdenea de comunicarse á nosotros para ser el apoyo de nuestra debilidad, y, en alguna manera, el antidoto y el preservativo de nuestra corrupcion ? Los fieles todos deben penetrarse de estos sentimientos, y seguir constantemente al sacerdote en el espíritu de estas diferentes oraciones, revistiéndose despues de la casulla ; es decir, del manto de la caridad, que cubre perfectamente á los ojos de Dios la muchedumbre de nuestros pecados.

Esta vestidura destinada singularmente á los sacerdotes, hace novecientos años que está marcada con una cruz, y, por tanto, la Iglesia en la oracion que dice el ministro, la mira como la figura del yugo de Jesucristo. *Señor. que habeis dicho que vuestro yugo es suave y vuestra carga ligera, haced que yo lleve la que ahora me imponeis, de manera que merezca vuestra gracia.* En esta oracion nos quiere designar el sacerdote las cruces espirituales, las aflicciones diarias y las contradicciones perpétuas que nos impone la condicion de nuestra naturaleza ; por lo cual, cuando nos presentamos delante del altar, debemos considerar todos estos trabajos y decir á Dios : vos habeis dicho que vuestro yugo es suave ; pero, la naturaleza me dice que es duro y penoso : vos habeis prometido aligerar la carga de todos los que son vuestros ; pero, mi poca fé casi me hace caer bajo el peso de los trabajos con que me afligís. Haced, pues, que yo los lleve en adelante con toda sumision, para probaros mi confianza y merecer vuestra gracia.

En la Iglesia, cualquiera práctica y ceremonia, por pequeña que sea, presenta á los fieles las más santas y útiles reflexiones. Así, el que está animado de la caridad, penetra perfectamente todo el misterio : en las vestiduras de los ministros ve la instruccion de las diferentes virtudes que deben adornar á un cristiano : en las velas encendidas ve la imágen de aquellos tiempos de oscuridad y de persecucion, en que la Iglesia ocultaba en cavernas oscuras y en lugares subterráneos el adorable sacramento del altar : en la diversidad de colores de

las vestiduras que la Iglesia ha establecido, segun las diferentes solemnidades, reconoce la variedad de atractivos celestiales que hacen á la esposa tan hermosa á los ojos de su divino Esposo : tambien reconoce la virtud propia del santo, cuya memoria se celebra ; la blancura de las vírgenes ; el ardor y el valor de los mártires ; la santa austeridad de los penitentes ; el trabajo y la fecundidad de los pontífices, y aún la tristeza y las lágrimas, que nos convida la fé á derramar sobre el sepulcro de nuestros hermanos en el lúgubre aparato con que se presentan sus ministros en los dias destinados á celebrar sus exequias. La graduacion de las solemnidades, las diferentes ceremonias que observa la Iglesia, las oraciones que reza, y las instrucciones que dá, todo merece la atencion de un cristiano, y todo sirve para alimentar su piedad.

Respetemos, hermanos míos, todas las practicas de la Iglesia, observemos lo que nos propone, aprovechémonos de todo lo que nos ofrece, y esperemos lo que nos promete. Que la humildad nos prepare para ofrecer con ella el sacrificio ; que la penitencia nos una ; que la caridad nos ofrezca con la víctima ; que la vigilancia nos conserve sus frutos, y que la perseverancia nos asegure el mérito y la recompensa en los siglos de los siglos. Así sea.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

MISA.—Es el auxilio más eficaz que nos proporciona el cristianismo.

Es el auxilio de que tendremos que dar cuenta en el dia del juicio.

MISA.—Es un sacrificio que requiere nuestra asiduidad.

Es un sacrificio al cual debemos asistir con todo el respeto de que somos capaces.

Es un sacrificio por el cual debemos estar muy agradecidos despues de haber asistido á él.

MISA.—Cuando asistimos á la santa misa debemos presentarnos delante del altar como los amigos de Jesucristo al pié de la cruz, donde se ofreció él mismo en sacrificio.

Debemos ofrecernos á él como á nuestro sacrificador, al propio tiempo que le consideramos como una víctima.

Debemos prestarle una reparacion por las afrentas que recibió cuando fué sacrificado en la cruz.

MISA.—Es preciso que los sacerdotes se revistan de la inocencia ántes de celebrar el santo sacrificio.

Cuando le celebran, es preciso que la devocion que han de tener en el fondo de su alma se reconozca en su exterior.

Después de la celebracion de la santa Misa, su modestia debe manifestar que han reconocido la presencia de Jesucristo en el altar.

Véase: EUCARISTÍA; (*Como sacrificio*).

MISA NUEVA.

V.

Vos estis lux mundi.
Vosotros sois la luz del mundo.
(MATTH. V, 14.)

Si en todos tiempos ha sido dulce, grato y consolador para los corazones verdaderamente católicos el ver á un nuevo ministro del santuario que va á consagrar al Señor las primicias de su ministerio, debe serlo incomparablemente más en una época, en que la sociedad consumida de achaques, padece grandes convulsiones y unos espasmos horribles, de los cuales es imposible salvarla sin que haga grandes esfuerzos la tan desmembrada tribu de Leví.

Es evidente que bajó el disfraz de adelantos, que tienen mucho de ficticio, de insubsistente y quizá de innecesario, los pueblos modernos ocultan un cáncer que corroe su existencia, empujándolos cada día con mayor fuerza hácia ese hondo sepulcro que para las naciones criminales reserva la suprema justicia de Dios. Mirad lo que está pasando, examinadlo bien, y vereis que la sociedad se halla en un estado lastimoso, y hace mucho tiempo que está enferma. Ese espectáculo, triste, deplorable y funesto que hoy presenciarnos, no es más que el resultado de anteriores preparaciones, y no más, no más que un ligero preludio de calamidades más ó ménos próximas, Si lo pasado nos estremece, y lo presente nos llena de terror, debe arrancarnos

amargas lágrimas lo futuro. Espíritus muy limitados nos mostraríamos si creyésemos, que es una situacion triste, sí, pero transitoria y aislada la que caracteriza hoy á los pueblos europeos. El mal es crónico, la enfermedad es aguda, y el remedio no bastante conocido. Vosotros, cristianos de tradicion, vosotros, católicos de convicciones, vosotros que sabeis de quién habia recibido la sociedad actual su primitiva fuerza y su vigor antiguo, y á quién era deudora de sus proezas y hazañas; vosotros, repito, conoceis suficientemente cuál enfermedad es la que así la debilita y la ha reducido á una temprana decrepitud. No ignorais que, nacida ella en el seno del catolicismo, criada á sus pechos, robustecida en sus brazos, miéntras se saturó de sus dogmas sublimes y de sus admirables preceptos, anduvo de perfeccion en perfeccion, de progreso en progreso, de felicidad en felicidad; pero, desde que, seducida por los sofistas, los rechazó, ha perdido poco á poco sus fuerzas, y consume ahora su vida en incesantes convulsiones, cuya série parece comenzar de nuevo cuando la creíamos terminada. Su vida ha ofrecido mayores esperanzas en proporcion de las aguas que ha bebido en aquellos manantiales de luces, de verdades y virtudes; así como la rama de la viña es más vigorosa y lozana en cuanto es más abundante la sávia de la cepa nutritiva.

Puesto que el clero católico está destinado por Dios á enseñar á los hombres aquellos dogmas y preceptos, á desenvolver sus bellezas, á aplicarlos á las diferentes necesidades de la sociedad, nada más indispensable que rodear al sacerdote católico del respeto que para él reclama no solo la santidad de su ministerio, sí que tambien el interés de los pueblos. Sin embargo, el sacerdocio, entre los católicos, es desde mucho tiempo el blanco de envenenados tiros que le dirigen así propios como extraños, muchos que se dicen católicos, y otros que no dan muestras de profesar religion alguna. No debe, por lo tanto, sorprendernos que el mal que aqueja á la sociedad vaya siempre en aumento. Miéntras exista la causa, forzoso será resignarse á experimentar los efectos.

No se hagan ilusiones los pueblos, cuando tan costoso puede serles el engaño. El sacerdocio es, sin pretenderlo, la razon constituyente, la sociedad modelo, y el orden verdaderamente fenomenal del mundo. Todas las luces, todos los beneficios, todas las perfecciones se derivan directa ó indirectamente del clero católico; y sin él nada se concibe, ni la ciencia, ni la moral, ni la virtud, ni la civilizacion, ni la sociedad.

Es sensible sobremanera, amados oyentes, deber recordaros hechos tristes, al propio tiempo que la escena que este nuevo sacerdote os

ofrece, produce en vuestros pechos, por lo grandioso y tierno que ella encierra, afectos dulces y suaves emociones; pero, no podemos dispensarnos de esta obligacion. Atendidas las necesidades de la época se hace preciso que el orador evangélico repita con frecuencia á los sordos y ciegos voluntarios, cuál es el origen de los males que nos afligen, y cuál es su remedio. En tiempos más felices, cuando la luminosa antorcha de la fé era el faro de la sociedad, al sacerdote encargado de dirigir su voz desde la sagrada cátedra al nuevo prosélito, bastábale trazar su grandeza misteriosa, y recordarle que, en calidad de sacerdote, ya no era hombre, no cumplía una mision de hombre, no ejercia un ministerio terrenal, sinó que su ministerio era divino, su mision celeste, y que por medio de la uncion sagrada que recibiera en su ordenacion, se habia convertido en otro Cristo. Pero ahora, que el sacerdocio no echa de ver en su alrededor sinó antipatías y desprecios, se hace indispensable exhibir á los pueblos otro título que tiene el sacerdote para ser oido y respetado. Esta es mi idea, y á ella voy á limitar mi objeto.

Es indudable que la sociedad se halla aquejada de una enfermedad grave; lo es también que ha buscado y busca un remedio para sus dolencias, sin que hasta ahora haya tenido la suerte de encontrarlo; lo es, por último, que de dia en dia se agrava su mal y se descubren ya en ella algunos síntomas que anuncian una gran catástrofe: es preciso, por consiguiente, que se cambie de sistema curativo si se quiere que la sociedad viva y medre. Pero ¿qué nuevo sistema deberá adoptarse? ¿Quién posee un bálsamo eficaz para cicatrizar sus llagas? ¿Quién tiene poder suficiente para devolverla su vigor antiguo? Lo digo con toda confianza, hermanos míos; el sacerdocio, solo el sacerdocio puede salvar la sociedad; procúrese que sea respetado, que se le escuche con docilidad, y los males que deploramos desaparecerán, y brillarán para nosotros dias de gloria. Espero demostrarlo. Plegue al Señor que mis expresiones produzcan los efectos que deseo, y que pido por la intercesion de la Virgen. A. M.

1. Para formarse una idea exacta de la influencia del sacerdocio católico en la marcha de la sociedad, en su desarrollo, en su progreso y en su conservacion, retrocedamos diez y ocho siglos, y hagamos una suscita reseña del estado de abyeccion, de infelicidad y embrutecimiento á que se veian reducidos en aquella época los pueblos. La imaginacion no puede formarse por sí sola una idea cabal y perfecta de la degradacion excesiva á que habia sido reducida la humanidad en lo moral como en lo fisico. Sorpréndese la vista al recorrer el cua-

dro lastimoso que presentan aquellos seres desgraciados, regidos por unas leyes las más opresoras, víctimas del despotismo del más fuerte, arrastrando una existencia precaria, faltos de unidad, de vínculos, de principios, y por consiguiente de verdadero bienestar. Todo en aquellas naciones era vértigo, confusion, fanatismo, barbarie, credulidad, injusticia, sangre.

En estas circunstancias apareció el Redentor, reunió un dia á algunos pescadores que echaban sus redes á orillas de un lago, y despues de haberlos iniciado en sus misterios les dijo: *Id y enseñad á las naciones*. No temais las dificultades de los idiomas, ni las diferencias de las costumbres, ni los esfuerzos de los potentados de la tierra; nada preguntéis del curso de los rios, ni de la direccion de las montañas; avanzad, avanzad siempre; id como va el rayo del que os envia, como iba la palabra creadora que sacó la vida del caos; id como van las águilas, los ángeles. Hallándose otro dia reunidos en un aposento aquellos pobres pescadores, sienten sobre sí un soplo: bajan al instante á las plazas públicas, hablan, reunen á su alrededor millares de hombres, y observan que su palabra obra en muchos de los que les escuchan una transformacion prodigiosa. Poco despues, habiéndose repartido entre sí el vasto campo del mundo, parten con la velocidad del rayo, el uno recorre la India, el otro la Armenia, este la Mesopotamia y la Persia, aquel la Arabia y el Egipto, cual el Africa, cual la Europa. De vez en cuando se ve que á algunos, despues de haberles llenado de su espíritu, les mandan que se arrodillen á sus piés, les imponen las manos, pronuncian sobre ellos algunas palabras misteriosas, y les dicen: levantaos é imitadnos: subid como nosotros al trono de la verdad, hablad á los príncipes y á los pueblos; nada temais: inclínesse toda autoridad delante de la autoridad de vuestra palabra; abatid toda altura que se eleve contra la ciencia de Dios; miéntras abriguemos en nuestro pecho la fé y la caridad, nadie nos resistirá. Aquéllos continúan su viaje, y éstos ejecutan cuanto se les ha ordenado.

Bien pronto el mundo presencia un espectáculo el más sorprendente, el más magnífico de cuantos menciona la historia. El género humano se levanta de la postracion en que se hallaba sumido, como el que despierta de un profundo sueño; los oráculos enmudecen, las falsas divinidades caen de sus pedestales, las supersticiones se occultan, la faz de la tierra se cambia; por dó quiera se admira una variacion prodigiosa en las ideas y en los pensamientos, en las creencias y en las costumbres; el desinterés sustituye á la ambicion; la caridad ocupa el lugar del odio, la mortificacion sucede á las delicias, la renuncia de los bienes á las riquezas, la humildad á los honores soberbios, las

plegarias y los suspiros á los cantos lascivos y danzas voluptuosas, los augustos misterios del Calvario á los vergonzosos sacrificios de los ídolos y el imperio del que por los hombres espiró en una cruz al imperio abominable de Satanás, ¿Cómo ha podido realizarse una mutacion tan súbita? ¿Con qué arte, con qué máquinas, con qué fuerza mágica se ha llevado á efecto? ¿Quiénes son sus autores? ¿Sabeis quiénes son? Algunos pobres sacerdotes que anunciaron al mundo unos dogmas y unos preceptos que los hombres ignoraban; hé aquí los instrumentos de que se sirve el Señor para renovar la faz de la tierra. En vano se intenta intimidar á estos héroes; el terror de los tormentos, la crueldad de los tiranos, la vista de la sañuda muerte aumenta su firmeza y su constancia. No importa que su sangre corra por las calles; que la cuchilla corte sus cabezas, no importa; ellos dejan sucesores, y estos acabarán la obra que ellos comenzaron. Bien pueden los Tiberios, los Neronos, los Calígulas, los Majencios, los Julianos, y otros emperadores hacer desesperados esfuerzos para afianzar el informe coloso de la idolatría sobre su pedestal; el coloso viene á tierra, el error sucumbe, la Cruz domina sobre el Capitolio, ha desaparecido la triste y desolante civilizacion del Paganismo, y empieza la civilizacion verdadera, la civilizacion católica.

Ya lo veis, amados oyentes, la verdadera civilizacion debe su vida á los dogmas y preceptos predicados por los sacerdotes; pues bien, á sus esfuerzos será tambien deudora de su conversacion y de sus progresos. En efecto; el sacerdocio continuando su augusta mision, daba á los pueblos un impulso uniforme hácia su destino, enseñaba cuantas verdades interesan realmente al hombre, inculcaba una moral que determina clara y positivamente, los deberes del individuo, del padre de familia, del ciudadano, del magistrado, de gobernantes y gobernados, de ricos y pobres. Bajo su direccion la sociedad no marchaba á la ventura, sino por un camino recto; para llegar al grado supremo de civilizacion no tenia más que seguirle, é indudablemente no se hubiera extraviado. Por esta senda marchaban los pueblos, y veian con placer que las ciencias iban desarrollándose progresivamente, y las artes se perfeccionaban á impulso del sentimiento religioso: los santos Padres derramaban por todas partes torrentes de luz, y llenaban el mundo con sus escritos, cuando oyéronse los misereros alaridos que daban al aire las águilas romanas. ¿Qué significaba eso? ¿Qué era lo que sucedia? Es que invadian el imperio inmensas hordas de bárbaros, que se se empujaban unas á otras cual en una inundacion se suceden las furiosas olas que sumergen los pueblos. ¿Cómo se salvará la sociedad? ¿Quién pudo libertarla de su

inminente ruina? El clero, oyentes; él fué quien civilizó aquellas hordas incultas, el que desvaneció sus funestas preocupaciones, y les inoculó la idea del derecho, del respeto á la propiedad y del apego á la familia; él fué quien afirmó y templó el poder, santificó la obediencia, estableció las verdaderas relaciones sociales, y suplió muchas veces por las leyes; él fué quien salvó del impetuoso torrente las riquezas artísticas, literarias y científicas que nosotros admiramos ahora, y que sin sus desvelos hubieran perecido indudablemente; él, en fin, reedificó la ciencia sobre las ruinas del saber antiguo, é hizo florecer de nuevo la agricultura, el comercio y las artes.

Recorred la historia y vereis, que los verdaderos enciclopedistas, es decir, los hombres más universales y más metódicos, han tenido carácter eclesiástico. La brevedad del tiempo que se concede á un orador solo me permite presentaros algunos ejemplos. En los siglos medios, el franciscano Rogerio Bacon, inventor de la pólvora, segun algunos escritores, y que, como nota Cantú, anunció el vapor y los globos aereostáticos, hizose admirar por su *Obra mayor*, en la cual se encuentra hasta el célebre Calendario Gregoriano. Alberto el Grande fué no solo teólogo profundo, sino químico creador y mecánico sobresaliente. Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura escribieron innumerables volúmenes, y puede decirse que cada uno de sus artículos es un milagro. En los últimos siglos, el Tostado, hombre de Iglesia y de Estado á la vez, orador célebre en los Concilios y escritor profundo en el retiro, es considerado como una maravilla. El gran Toledo, Victoria, Cano y otros mil brillan como antorchas en las ciencias eclesiásticas. Suarez escribe en su incomparable teología un tratado de *Leyes* que no acaban todavía de admirar los grandes legisladores y jurisconsultos. Petavio dá á luz la *Historia universal* más sabia y más exacta que se ha publicado. Hasta en el arte de gobernar, el más difícil de todos, el clero es el que mayores hombres del Estado ha producido. Los cardenales de Lorena y Richelieu Cisneros y Alberoni, Mendoza, Granvel y otros, son admirados todavía como grandes diplomáticos en este tiempo, en que los hombres han dado en llamarse unos á otros *especialidades*. No me es posible detenerme más en estas consideraciones históricas; seria muy fácil ampliarlas para demostrar que el clero católico ha hecho progresar no solo las ciencias eclesiásticas, sino todos los demás ramos del saber humano; por manera que, aún cuando Jesucristo no le hubiese llamado la luz del mundo, ningun reparo tendríamos en decir de él, parodiando las sublimes palabras de Moisés: «La oscuridad reinaba

sobre toda la tierra, y dijo Dios: que sea el clero católico, y todo se convirtió en luz.»

2. Oyentes, acabamos de recorrer un largo período, y salvando siglos y generaciones hemos llegado á la época actual, al día presente. Por desgracia no es esta una de las épocas más tranquilas ni ménos infortunadas. Hace mucho tiempo que se están elaborando sucesos de gran monta, los materiales están hacinados; ¿que resultará de todo esto? A punto fijo nadie lo sabe; pero ello es, que el negocio es grave, que en el mundo todo está desconcertado, y que los ánimos están sobrecogidos con la idea, de que el camino por el cual vamos marchando conduce á un abismo.

Se nos habla mucho de los progresos de la razon; es cierto que el pensamiento se ha dilatado, y que las ciencias han ensanchado sus dominios; pero ¿de qué sirve esto, cuando la anarquía se vá introduciendo en todos los ramos del saber, y se ve por todas partes la lucha de ideas contra ideas, de escuelas contra escuelas, y de libros contra libros? Tambien se nos ponderan los adelantos de la industria: nos complacemos en reconocerlos; pero, ¿qué importan los adelantos, cuando el engaño, la intriga, la desconfianza tienen la industria y el comercio en una postracion terrible? Por otra parte, no se olvide que el hombre no está compuesto de materia solamente; que el interés material dista mucho de poder satisfacer las principales necesidades del hombre, y que el mal que va consumiendo la sociedad, ha adquirido una intensidad peligrosa desde que á los pueblos se les dice, que el hombre vive solo de pan. Nosotros admiramos esas máquinas humeantes que salen de nuestros puertos con la velocidad del rayo; esas que cruzan las llanuras y penetran en el corazón de las montañas, y las que, como si tuviesen centenares de brazos hacen por sí solas lo que no podrian hacer multitud de hombres; pero no nos cansaremos de repetir, que esas máquinas no son el principal elemento de vida para los pueblos, que está más alto el principio fecundo que anima la naturaleza moral como la física, y se agita en un cielo superior el espíritu que ha de salvar la sociedad, y devolver á los pueblos su antiguo aplomo y su pasada gloria. Mientras no se reformen las costumbres habrá desasosiego, inquietud y zozobra; y la mision de reformar las costumbres ha sido confiada al clero. Es necesario iluminar los entendimientos, y nadie como el sacerdote sabe iluminarlos: es indispensable enderezar las voluntades, y nadie como el ministro del altar es capaz de enderezarlas: es preciso purificar los afectos, y solo el clero sabe purificarlos cual conviene: por último, forzoso es mover los corazones, y el sacerdote es quien los mueve

con la gracia del Señor. El sacerdocio, pues, y solo el sacerdocio es el que restableciendo las buenas costumbres y el imperio de la virtud, devolverá á los pueblos la tranquilidad y la dicha.

Bajo su direccion, la sociedad andaba como esas máquinas, gloriosas invenciones del génio, en que cada rueda, moviéndose en su lugar, contribuye al movimiento general segun las miras del inventor; sin embargo, se ha dicho y se repite, que el clero hace desesperados esfuerzos para que la sociedad no marche por la senda que conduce á la felicidad. El sacerdocio fomentó siempre todo progreso verdadero, todo progreso honesto, todo progreso justo, todo progreso que merezca el nombre de tal; pues bien, se dice y se escribe, que él es quien principalmente se opone al verdadero progreso. Él salvó las ciencias cuando, libertándose de la ensangrentada cuchilla de los bárbaros, y del alfanje de Mahoma, se refugiaron en el claustro; y se dice y se escribe, que él fomenta el oscurantismo. Él procuró siempre la tranquilidad de los Estados, la conservacion del orden, el interés de las familias; anatematizó siempre los vicios que turban la sociedad; inculcó las virtudes que la mantienen; él proveia á todo, instruía á todos, lo calmaba todo; se ocupaba igualmente de la infancia y de la vejez, de los grandes y de los pequeños, del presente y del porvenir; y no obstante, no se ha tenido el menor reparo en presentarle como causa de grandes calamidades, y como á tal se le han prodigado insultos y desprecios. ¿Y cuál ha sido el resultado de un proceder tan injusto? Vosotros no lo ignorais. En pos del desprecio del clero ha venido el desprecio de las demás autoridades; los que han negado á Dios lo que era de Dios, han negado tambien á los Césares lo que era de los Césares; los que desechando la autoridad del clero se consideraron á sí mismos como jueces de lo que habian de creer, acabaron por constituirse tambien jueces de lo que habian de practicar; y el derecho de examinarlo todo en la region metafísica de las ideas, ha llevado consigo el derecho de rebelarse contra todo en el terreno de los hechos. Así es, que la sociedad está hoy sin orden, sin quietud, sin descanso y próxima á caer en la anarquía y en el caos. ¿Y de qué medios, de qué recursos pueden disponer los pueblos para evitar semejante catástrofe? De ninguno ó de muy escasos. ¿Se disolverá la sociedad? Nó; la regeneracion vendrá; pero, ya que por desprecio se nos llama hombres de sacristía, os diremos, que de las sacristías saldrá el remedio para los males que aquejan á los pueblos. No lo dudeis, el que tantas veces ha salvado la sociedad, la salvará tambien ahora.

Hé aquí en que se funda nuestra confianza. Los pueblos aspiran á

ser felices; el clero les señalaba el camino para llegar al supremo grado de prosperidad y de gloria, cuando algunos sofistas empezaron á gritar: No os dejeis engañar, dejad esa senda funesta; seguidnos á nosotros y os proporcionaremos felicidades sin cuento. Los pueblos incautos creyeron en estas promesas, y dejáronse guiar por los que tan pródigos se muestran en palabras como mezquinos en hechos. Desde entónces han subido al poder hombres de todas opiniones, se han ensayado todos los sistemas, se ha dado lugar á todos los principios; se han cambiado, derribado y trastornado unas leyes para discutir, establecer y proclamar otras, que no han tardado en experimentar la misma suerte que las primeras; en una palabra: se han recorrido todos los caminos, se han puesto en juego todas las fuerzas, se han aprovechado todos los recursos; y ¿cuál ha sido el fruto de tantos esfuerzos? No hay que preguntarlo, pues está á la vista de todos. En vez de las felicidades que se nos habian prometido, nos encontramos con una inquietud permanente, una zozobra incesante, unos sobresaltos continuos y un malestar profundo. De ahí es, que escarmentados los pueblos, ahora desconfian de todas las promesas y de todos los programas; ya no creen en nadie, ni en nada. Pero, sedientos de tranquilidad y de dicha, llegará día en que recordarán, que el clero es dispensador de *una palabra*, que llevada por los Apóstoles de un extremo á otro de la tierra, renovó el aspecto del mundo; recordarán, que las verdades que anunciamos, son aplicables á la vida social en todas sus necesidades, en todas sus faces y en todas sus relaciones, porque son verdades reveladas por el autor mismo de la sociedad, á cuyos ojos están abiertos todos los arcanos de lo porvenir con su historia y sus revoluciones. Y cuando esto recuerden los pueblos, vendrán á buscarnos en nuestros templos, y á ofrecernos el ósculo de reconciliación. Felices, si lo hacen cuanto ántes, porque entónces, y solo entónces, desaparecerán sus inquietudes y peligros.

3. Oyentes: en otros tiempos los oradores sagrados para ponderar el profundo respeto que se debe al sacerdote decían á los fieles: Ya lo veis, á los piés del ministro del altar se postran el rico lo mismo que el pobre, el sábio lo mismo que el ignorante, el grande lo mismo que el pequeño, y el soberano más poderoso lo mismo que el más humilde súbdito; y con una confianza sin ejemplo, depositan en su pecho sus alegrías y sus dolores, sus lágrimas y sus gozos, sus afectos y sus pasiones, sus pensamientos más ocultos y sus obras más vergonzosas y repugnantes; y el hombre de Dios les recibe con ternura, les consuela, les anima, rompe la cadena de los crímenes que les oprime y les abre las puertas del cielo. ¡Poder sublime, poder di-

vino! lo que no pueden ni los mismos habitantes del empíreo, es dado á los sacerdotes acá en la tierra. Aún más: el mismo Dios se somete á la potestad del sacerdote, pues la fé nos enseña, que al imperio de su voz, Jesucristo, Dios y hombre, desciende desde el cielo á sus manos. Amad, pues, obedeced y respetad al sacerdote. Nosotros, á estos títulos que tiene el sacerdocio católico para ser oído y respetado, añadiremos otro, y os diremos: Estais viendo en qué estado tan lastimoso se halla la sociedad; es preciso no forjarse ilusiones; el mundo no puede vivir sinó con el alimento de la verdad, no puede ser dichoso sinó con el auxilio de la verdad; y la verdad debe dominar, por consiguiente, sobre las doctrinas, los sentimientos y las costumbres. Desde que se desprecia la palabra del sacerdote no hay verdad en las doctrinas, pues se oponen á la revelación, á los principios fundamentales de la sociedad, y á la índole del hombre y de las cosas. Tampoco hay verdad en los sentimientos, puesto que son contrarios á la ley de Dios. No la hay, por último, en las costumbres, que son del todo corrompidas. Ved ahí porque todo está desconcertado. Si, pues, no quereis que la sociedad se disuelva, escuchad con la mayor docilidad posible, y tributad un respeto profundo al sacerdocio, el dispensador de las únicas verdades que pueden haceros felices.

Nuevo sacerdote, ya ves cuán grande, magnífica y sublime es la misión que se nos ha conñado. Nosotros representamos la verdad, y ésta será siempre, bajo unas ú otras formas, el remedio, la esperanza y la felicidad de los pueblos. Debemos, por consiguiente, enseñarla por todas partes, desde el púlpito y en el confesonario, en las grandes ciudades y en las más insignificantes aldeas, en el templo y en las casas. Anunciémosla á los príncipes para que sean justos, á los súbditos para que sean obedientes, á los guerreros para que no sean crueles, á los magistrados para que sean imparciales, á los hijos para que sean obedientes, á las esposas para que sean fieles. Anunciémosla al rico para conmover su corazón á favor del pobre; al pobre, para dulcificar sus penas; al justo, para sostenerle en sus combates; al pecador para que se avergüence de sus extravíos; al ignorante, para ilustrar su entendimiento; y al sábio, para enseñarle el principio de la verdadera sabiduría.

Se dice comunmente, que la verdad engendra el odio contra los que la anuncian; pero no olvidemos, que la verdad es también caridad, y que bajo este respecto nunca se la desprecia. El infortunio es el rey de la tierra, tarde ó temprano toca con su cetro todos los corazones; corramos donde quiera que haya lágrimas que enjugar; descendamos á los tétricos calabozos para atraer á la virtud unos corazones envile-